

los mínimos elementos, es la clave oculta que se viene persiguiendo desde las Cuevas de Altamira. Pero no hay que andar mucho para encontrarla. La llave del secreto se halla muy cerca de nosotros. Lo mismo por Sevilla que por Cáceres se llega bien a Fuente de Cantos, en la Extremadura de Badajoz. Allí nació Francisco de Zurbarán y Salazar, un día de primeros de Noviembre de 1598.

Zurbarán fue el primer pintor que, sobre el soporte de extensas áreas, para servir figuras modeladas con soltura y energía, puso colores intensos y luminosos; consiguió profundidad y volumen, sin someterse a perspectivas de punto fijo ni a disciplinas geométricas; y dio a los rostros humanos expresiones tranquilas, de paz de conciencia, que sabiéndose en cuerpos pasionales llenan de amor, dulzura y fortaleza el andar por la vida terrena, seguros de alcanzar después feliz existencia. Quien bien lo tiene estudiado, Paúl Guinard, ha dicho que su pintura aparece como una vuelta al estado de gracia.

ANTONIO AGUNDEZ

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalморal de la Mata. (Cáceres) a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

AMADA ENEMIGA

A la señorita Ventura Durán Andrada,
poetisa de alto y sereno vuelo.

I

¡Cómo me ronda el valor
mi más amada enemiga
y cómo tenaz hostiga
mi fortaleza interior!

Tengo sin foso el castillo
do mora el alma angustiada,
la barbacana tapiada,
abierto y franco el rastrillo,

expedita la poterna,
sin almenas la muralla...
¡Todo esperando se halla
tu lustral visita eterna!

II

No me espanta, Muerte, ver
tu figura tan temida
consumiéndome la vida,
que el morir es mi nacer;

y es mi existencia la espera
continua de tu llegada,
tan segura y tan amada,
que da vida verdadera.

Que digo espera, alimento
es mi vida, de tu esencia;
desde el nacer tu inminencia
no me abandona un momento.

Sólo el cuerpo me flaquea
cuando anhelo acompañarte,
y llego con él a odiarte
porque mi fe te desea;

y pues la carne me obliga
por enemiga a tenerte,
quiero que seas, ¡oh Muerte!,
mi más amada enemiga.

III

¡Cómo el cuerpo se rebela
y al alma trunca la calma!
¡Tan bien como ciñe el alma
al cuerpo que la abroquela!

¡Oh, qué lucha dulciamarga
ésta que llevo tan dentro!
Clamo y acucio el encuentro
que me redima la carga,

pues si vivirse merece
esta prisión que traemos
es porque, libres, gocemos
¡la muerte que al fin ofrece!

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

RELATOS EUTRAPELICOS

Mi amigo Tomás Gutiérrez

Por ELOY SORIANO. Pbro.

GL otro día, vagando por los aledaños del viejo y glorioso Teatro Real—hoy hermética esfinge madrileña, que guarda el secreto impenetrable de su futuro destino lírico—, me encontré de pronto en plena calle de Arenal o, para mejor decirlo, «del Arenal».

A despecho de la pegajosa bruma de pensamientos melancólicos que me invadía, no pude menos de recordar el desaparecido café de María Cristina. Me ocuparé de él en más de una coyuntura.

Para un buen golpe de extremeños de mi «promoción», sobre todo, elemento joven universitario, como ahora se dice, era el María Cristina lugar predilecto de optimismo y holganza, donde, en los años finales de la Dictadura, se malsonaba de todo; se aireaban los más arriesgados temas en tono mayor o menor, según la temperatura política ambiental; el «bulo» vergonzante, el «canard» malévolo, el escándalo de última hora...; y de tres a cinco de la tarde venía el comentario sobre los «milagros» del doctor Asuero, el libro reciente de Marañón o de Ortega y Gasset, las exaltadas catilinarias estudiantiles de don Ramón del Valle Inclán o los exabruptos pintorescos de don Miguel de Unamuno desde el exilio. Y nunca faltaba sobre el tapete, por decirlo así, del ameno «far niente», la animada controversia sobre el logro de lo que hoy es una realidad espléndida, el cine sonoro, a la sazón en tímidos balbuceos. Se abrigaba ya la risueña esperanza, no sólo de contemplar la maravilla fascinante y «peligrosa» de Greta Garbo y Marlene Dietrich, estrellas máximas en aquellos días, ilusión inasequible de escolares pobres y viejos libidinosos, sino de escuchar su propia y enigmática voz... Y todo ello mientras se degustaba la delicia, muy desconocida, de aquel incomparable café, servido en el típico vaso de seis a siete centímetros de alto, a razón de ¡sesenta céntimos!, y diez más de propina al simpático camarero, que venía a ser un contertulio más.

Pues bien, en ese inolvidable café de María Cristina conocí a mi amigo Tomás Gutiérrez.

Mi amigo Tomás Gutiérrez es, en verdad, un sujeto encantador. Y digo «es», porque vive todavía—Dios sea loado—, disfrutando una envidiable senectud dorada en medio de su esposa—la casi he-